





José Ortega Spottorno (hacia 1966).

Página anterior: José Ortega Spottorno durante su exilio en París (hacia 1936).

Presentación

MERCEDES CABRERA

José Ortega Spottorno dijo en más de una ocasión que su vida había estado marcada por décadas. Nació en 1916, y sobre ese año “de gracia y desgracia” escribió un artículo, «1916» (*El País*, 8 de junio de 1986, ► Apéndice), en el que después de recordar el horror de la matanza de Verdún, rendía homenaje a otros cuatro personajes que nacieron aquel mismo año: el “poeta comprometido” Blas de Otero, “el violinista más grande del mundo” Yehudi Menuhin, el “dueño del castellano” Camilo José Cela, y F. H. Crick, el premio Nobel descubridor del ADN. Lo cerraba con la cita de un cúmulo de acontecimientos ocurridos en él, entre ellos el inicio de la decadencia del periódico que había publicado su abuelo, *El Imparcial*, fundado por su bisabuelo Eduardo Gasset y Artime y cuyo famoso suplemento, *Los Lunes*, dirigió su abuelo José Ortega Munilla, o el primer viaje de su padre, el filósofo Ortega y Gasset a Argentina. Toda una declaración de sus aficiones, de sus preocupaciones y de su enciclopédica curiosidad.

A José Ortega Spottorno le habría gustado saber que este año, 2016, en el centenario de su nacimiento, se celebran también los aniversarios de sus principales iniciativas, que jalonan las décadas

Mercedes Cabrera

que él señalaba como hitos en su vida: la tragedia de otra fecha, la de 1936, la vuelta de su padre a España en 1946. En 1966, la ampliación de actividades de Alianza Editorial permitió iniciar la publicación de *El Libro de Bolsillo*, gran éxito, que conmemora ahora su cincuentenario. Diez años más tarde, el 4 de mayo de 1976 salió el primer ejemplar de *El País*, el periódico lanzado por PRISA, que José Ortega había fundado cuatro años atrás. *El País*, la última de sus creaciones, cumple este año su cuarenta aniversario.

José fue el menor de los tres hijos de Ortega y Gasset. Era ingeniero agrónomo, entre otras razones porque su padre le aconsejó que estudiara una carrera técnica. No se arrepintió, la ejerció en contados momentos y guardó siempre el interés sobre los temas relacionados con ella. Además, otros ingenieros, compañeros de estudios o conocidos con posterioridad, le acompañaron y ayudaron de manera determinante en sus empresas. Pero, como contestó a Joaquín Soler Serrano en una entrevista en televisión, en mayo de 1976, en cuanto terminó sus estudios y pudo decidir por sí mismo, se dedicó «no a las hojas de las plantas sino a las hojas de los libros».

En esa dedicación a las hojas de los libros —y de la prensa— compaginó el empeño en conservar y continuar la obra de su padre, tarea a la que se dedicó con profundo sentido del deber reanudando las tareas editoriales de *Revista de Occidente* y también la publicación mensual, con las iniciativas propias, la fundación de Alianza y de *El País*, en las que se volcó con entusiasmo. Desde esas atalayas fue testigo y también protagonista de las radicales transformaciones ocurridas en la España del siglo xx, pasada la fecha que marcó otra de sus décadas, 1936. José Ortega tendió puentes entre la generación de intelectuales, artistas y escritores que había acompañado a su padre en las primeras décadas del siglo xx, la llamada Edad de Plata de la cultura española, y las generaciones más jóvenes que despertaban

Presentación

en la dura España de la posguerra y, sobre todo, las que crecieron y se educaron en los años cincuenta y sesenta, y fueron actores y protagonistas de la transición a la democracia.

Fue capaz de mantener la memoria de los primeros, de los que fueron al exilio y de los que se quedaron, brindándoles cobijo y posibilidades de publicar sus obras, y al mismo tiempo puso en marcha iniciativas originales, empresas modernas y adaptadas al requerimiento de los nuevos tiempos, tanto en el mundo editorial como en el periodístico, donde escribieron los más noveles.

Fue un empresario de la cultura cuyas acciones resultaron claves en la formación de las generaciones que protagonizaron la transición a la democracia en España. La inmensa mayoría de ellos se inició en la lectura de los clásicos y los modernos gracias a Alianza Editorial, los mismos que probablemente se convirtieron después en lectores y muchos también en colaboradores de *El País*. Cuando fue designado senador real en las primeras Cortes de la democracia, aceptó el cargo porque entendió que no había sido nombrado como político, sino como un ejemplo de respeto a la creación intelectual y de defensa de la libertad de expresión, que creía haber mantenido en todas sus empresas culturales. No había tratado sino de continuar, en la medida de lo posible, las fundadas por su padre, «con el empeño de contribuir a la formación de una España europea, más culta y realmente libre». Le tranquilizaba pensar que su designación como senador tenía ese significado y que no era un puesto vitalicio, que incluso podría llegar a desaparecer, como efectivamente ocurrió («Por la cultura y la libertad de expresión», *El País*, 16 de junio de 1976).

Tímido, pero a la vez enérgico en el trato y minucioso en la atención a sus múltiples tareas, dedicó muchas horas a sacar adelante sus iniciativas, en situaciones de penuria a veces, con la sorpresa del éxito económico en otras. No fue nunca tarea fácil. Demostró su capa-

Mercedes Cabrera

cidad para allegar recursos, tirando de sus amistades y conocimientos, que eran muchos, y movilizando también a las instituciones. El reconocimiento a su apellido ayudaba, pero no le eximía de la obligación de ser tenaz, que lo era. Tampoco de las responsabilidades que siempre asumió en la persecución de sus objetivos, y que le ocasionaron más de un disgusto. No sacó rédito personal de los errores que pudo cometer, que le procuraron perjuicios económicos, además de sinsabores y disgustos.

Consciente de las estrecheces, de las carencias de todo tipo y de las limitaciones impuestas por la censura tras la guerra civil, recuperó sin embargo la actividad de la editorial Revista de Occidente e inició, ya en los años sesenta, una segunda etapa de la revista mensual, al calor de la relativa liberalización que supuso la Ley de prensa del ministro Fraga Iribarne, y posteriormente una tercera etapa con formato más moderno. Excelente conocedor de las peculiaridades y de los problemas de la industria editorial, supo adivinar la oportunidad que ofrecía la ampliación del público lector en los años sesenta del pasado siglo. Entendió que llegaba la hora de modernizar el sector editorial abriéndolo a un público mucho más amplio, sin abandonar la preocupación por la calidad de los libros que se publicaban. Para ello fundó Alianza y supo rodearse de quienes consideró los más aptos para responder con él a los desafíos, depositando en ellos su confianza y concediéndoles la máxima independencia. Siempre reconoció en público que Alianza no habría sido posible sin la participación, entre otros, de Jaime Salinas, Javier Pradera y Daniel Gil.

La misma perspicacia tuvo para adivinar la necesidad en España de otro tipo de periódico, independiente y capaz de medirse con la mejor prensa de otros países. Tenía a sus espaldas una larga tradición familiar, que conocía muy bien y de la que siempre se sintió orgulloso. Acarició por primera vez la idea a mediados de los sesenta, pero

Presentación

no la puso en marcha hasta comienzos de la década siguiente, cuando vio que el régimen franquista se agotaba, convocando de nuevo los apoyos de quienes compartían sus objetivos. El nacimiento de *El País* fue un proceso largo que no culminó hasta después de la muerte de Franco. Fue un éxito casi desde el comienzo, pero pocos como él supieron de sus problemas y dificultades, de las rivalidades y desencuentros entre quienes estuvieron juntos en los inicios. Escribió primero y defendió después los principios ideológicos fundacionales frente a quienes pregonaron que el periódico los había traicionado. Su posición, que le costó comentarios muchas veces denigrantes en la prensa y más de una denuncia ante los tribunales de las que siempre salió indemne, resultó finalmente decisiva para la consolidación de *El País*. También aquí reconoció el mérito de quienes le acompañaron, fundamentalmente de Jesús de Polanco, el consejero delegado, al que conocía de antes como empresario editor; de Juan Luis Cebrián, el director en la época fundacional del periódico, y de Javier Baviano, el primer gerente. En 1984 consideró que su tarea estaba cumplida, que llegaban nuevos tiempos en la expansión de PRISA para los que hacía falta alguien distinto, más joven y con otra visión empresarial. Dejó la presidencia de la sociedad en manos de Polanco, aunque mantuvo la presidencia honorífica y, todavía durante un tiempo, la de El País S. A. Se fue afirmando que había sido «una aventura que mereció la pena» (*El País*, 20 de junio de 1984) y recordándole a Cebrián la responsabilidad que le incumbía por la influencia que el periódico había alcanzado, convertido ya en líder de la prensa española. En los años siguientes, aunque pudiera discrepar en ocasiones, se lo señaló en privado tanto a Polanco como a Cebrián, y estuvo siempre dispuesto a salir en defensa del periódico, especialmente en los momentos en que fue objeto de polémicas y ataques públicos.

Mercedes Cabrera

Se dedicó entonces a escribir. «Yo no he escrito» —le dijo a Soler Serrano en aquella entrevista— «yo me he dedicado a que los demás escriban, pero todo editor tiene un libro dentro que algún día dará». Él tenía más de uno. Escribió con frecuencia en *El País*, brindando recuerdos y rindiendo homenaje a muchos otros escritores, ingenieros, amigos que le acompañaron en sus tareas y también reflexionando sobre sus pasiones, como el periodismo. Escribió una novela, *El área remota* (1986), y dos libros de cuentos, *Relatos en espiral* (1990) y *Amores de cinco minutos* (1996), además de dos libros dedicados a su familia materna y paterna: *Historia probable de los Spottorno* (1992) y *Los Ortega* (2002), que consiguió terminar y cuya presentación se convirtió en un homenaje póstumo.

Este libro ha sido una iniciativa de sus hijos, José, Inés y Andrés, que me pidieron que la coordinara, y fue acogido con entusiasmo y generosidad por Alianza Editorial y por su directora, Valeria Ciompi. Entre todos hemos querido recoger el testimonio de alguno de sus amigos más próximos, junto a textos de filósofos, historiadores y escritores que le conocieron personalmente o que han trabajado sobre el tiempo que le tocó vivir y sobre sus empresas. También hemos reproducido algunos textos escogidos entre los que él mismo escribió: cartas, artículos en la prensa, intervenciones o entrevistas.

Javier Zamora Bonilla, profesor de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos en la Universidad Complutense de Madrid, así como director del Centro de Estudios Orteguianos en la Fundación Ortega-Marañón, autor de *Ortega y Gasset* (Barcelona, Plaza y Janés, 2002) y miembro del equipo editor de las *Obras completas* del filósofo (Madrid, Taurus/Fundación José Ortega y Gasset, 2004-2010), toma a su cargo acercarnos a la biografía de José Ortega Spottorno.

Presentación

José Lasaga Medina, profesor en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Educación a Distancia y autor de *José Ortega y Gasset. Vida y filosofía (1883-1955)* (Madrid, Biblioteca Nueva/Fundación José Ortega y Gasset, 2003), escribe sobre la relación entre José Ortega Spottorno y su padre, una relación sin la cual resulta imposible entender las iniciativas del hijo.

Diego Hidalgo, filántropo, intelectual y empresario, fundador y presidente de la Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior (FRIDE), recuerda la amistad entre las dos familias, y la suya especial con él, así como su colaboración en momentos felices y también en los difíciles, en Alianza Editorial y como accionista y consejero de PRISA.

Francisco García Olmedo, ingeniero agrónomo, catedrático de la Universidad Politécnica de Madrid y miembro de la Real Academia de Ingeniería, rememora los estudios de José Ortega Spottorno en la escuela Técnica Superior de Ingenieros Agrónomos y las segundas vocaciones despertadas en él y en otros que fueron sus compañeros.

Azucena López Cobo, profesora investigadora de la Fundación Ortega-Marañón y miembro del equipo editor de las *Obras completas* de Ortega y Gasset, presenta una investigación sobre las dificultades y los logros en el empeño de recuperar la editorial Revista de Occidente desde la inmediata posguerra civil.

Santos Juliá, catedrático de Historia Política y de los Movimientos Sociales, es autor de numerosos libros sobre la historia política e intelectual de la España contemporánea, entre ellos *Historias de las dos Españas* (Madrid, Taurus, reed. 2010) y *Nosotros, los abajo firmantes. Una historia de España a través de manifestos y protestas (1896-2013)* (Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014). Su texto constituye una interpretación de la década de los años sesenta, del desarro-

Mercedes Cabrera

llo y el cambio social, de los conflictos y el horizonte político de las fuerzas del régimen franquista y de la oposición, una década clave en la trayectoria de José Ortega Spottorno que introduce los siguientes tres capítulos.

En el primero de ellos, Juan P. Fusi Aizpurua, catedrático de Historia Contemporánea y miembro de la Academia de la Historia, autor, entre otros libros, de *Breve historia del mundo* (Barcelona, Galaxia Gutenberg, reed. 2016), *Historia mínima de España* (Madrid, Turner, 2012), *El efecto Hitler. Una breve historia de la Segunda Guerra Mundial* (Madrid, Espasa, 2015), presenta la reaparición de la *Revista de Occidente* en su segunda etapa, precisamente en la mencionada década de los 60, y del papel de la cultura en la conquista de espacios de libertad.

En el segundo, a José María Guelbenzu, escritor, autor de numerosas novelas y crítico literario, en su día director de la editorial Taurus y también de Alfaguara, que también conoció a fondo el mundo editorial de aquella época y sus protagonistas, le ha correspondido escribir sobre lo que significó Alianza Editorial, tanto El Libro de Bolsillo como el resto de sus colecciones.

El tercero y último, del que me he encargado, está dedicado a la que fue también la última de sus iniciativas: la fundación de una sociedad, PRISA, cuyo objetivo fundamental fue la publicación de un periódico diario moderno e independiente. Así nació *El País* que, para propios, pero sobre todo para extraños, también para los editores y directores de algunos de los más importantes diarios extranjeros de entonces, logró convertirse en un tiempo récord en el primer periódico español.

«Los candidatos por excelencia» —en el ámbito de la cultura— «a ese género vicario de inmortalidad que es la fama son los filósofos,

Presentación

ensayistas, investigadores, músicos, poetas, cineastas o narradores cuya obra creativa hace mejores más sabios y menos infelices a sus contemporáneos o a sus descendientes. Pero la división social del trabajo también concede un lugar en ese Olimpo —aunque sea secundario— a quienes consagran vocacionalmente su vida a difundir, conservar o promover las obras ajenas.»

Con esas palabras despidió Javier Pradera a José Ortega Spottorno en las páginas de *El País* («Las dianas del arquero», 19 de febrero de 2002), cuando murió aquel promotor de obras ajenas. Al final dejó también las suyas propias, las que escribió en sus últimos años. Esperamos, con este libro, haber contribuido a mantener su recuerdo y el de aquella época de grandes cambios que le tocó vivir.



José Ortega y Gasset con su esposa, Rosa Spottorno, y sus hijos en la terraza de la casa de Serrano número 47 (1920). (A la izquierda se encuentran Miguel y Soledad; a la derecha, José.)